

Luis Rodríguez Martínez

Antídoto

Todo comenzó con una estridente señal de alerta en la radio. La primera vez que sonó todos nos alarmamos. Al principio, nos hicieron creer que sería algo pasajero, pero siempre sospeché que todo había cambiado para mal.

—¿Tomaste tu dosis? —pregunté con la mano temblorosa.

Las posibilidades de que su respuesta fuera negativa me aterraban. Sostenía el frasco sin tapa en la mano. Su mirada vacilante se clavó en la mía. Supe de inmediato como terminaría todo, no necesitaba palabras.

—Hoy no —dijo ella, finalmente.

Serví lo que quedaba en el frasco hasta escurrirlo y dejé la última dosis del antídoto sobre la mesa. La miré. Ella comprendió que le cedía el preciado líquido.

—No, yo estoy bi... —quiso decir *bien*, pero tosió antes de poder terminar.

Llevábamos ya algunas semanas así, casi no hablábamos para no esforzarnos demasiado. Podía escuchar el pitido leve de sus pulmones con cada respiración. En las noches, el sonido llegaba como presagio de un final inevitable. Intentábamos robarle algunos días a la muerte, aunque ambos sabíamos muy bien que teníamos pocas oportunidades de triunfar en tan difícil empresa.

—Tienes que tomarlo, lo sabes —le dije, ella aceptó.

Tomó el líquido y, con él se fueron mis esperanzas de supervivencia. Ella lloró. Intenté consolarla, le dije que todo estaría bien, aun sabiendo que no tenía la más mínima idea de cómo cumplir esa promesa. En los últimos años, el panorama había cambiado tanto que nadie pudo vaticinar lo que nos vendría. La realidad, tal y como la conocíamos, ya no existía. El Magno Estado, como se hacía llamar ahora el gobierno, había dividido a la sociedad de forma aleatoria en dos enormes facciones. Estábamos divididos entre pares e impares, según el número que nos tocó en unas tarjetas de identificación que llegaron por correo y abolieron todas las identificaciones y documentaciones anteriores. Ahora éramos una codificación. Yo, A-3159; ella, C-5228. Nos turnábamos los días para salir y hacer las diligencias pertinentes.

No podíamos estar más de tres horas afuera, por varias razones. No solo estaba prohibido por ley, sino que nuestros pulmones no aguantarían más de eso. Por supuesto, había infinidad de vacunas para los virus que nos aquejaban, pero las filas para adquirirlas eran enormes. Las personas habían creado campamentos clandestinos alrededor de los dispensarios para tener acceso a ellas, pero esto provocaba enfrentamientos frecuentes entre los contagiados y la policía, por lo que pronto fueron declarados ilegales. Los más pesimistas dijeron que comenzaron a desaparecer contagiados. Con el tiempo, la vacuna quedó limitada casi exclusivamente a los sectores más pudientes de la sociedad, dejando a los necesitados a la merced del tráfico ilegal de narcóticos supuestamente nocivos, aunque todos sospechábamos que eran ilegales solo porque no pagaban impuestos al Magno Estado.

El antídoto se distribuía en lugares estratégicos en la ciudad. Cerca de los dispensarios de vacunas o de los hospitales había alguien estacionado, a una distancia segura y listo para vender el remedio a las caras conocidas. La sociedad de consumo se había ido a la mierda, pero ciertas cosas no cambiaban. Así que teníamos que salir y comprar el antídoto ilegal en las esquinas, antes del toque de queda. Yo me aseguraba de estar abastecido para toda la semana, pero me había estado sintiendo mal últimamente, de modo que se me pasó el día hábil para salir. La Ley Suprema, como se le conocía al toque de queda, establecía que nadie podía estar en la calle después de las siete de la noche para controlar la cantidad de contagios.

Miré el reloj, eran las seis y treinta y dos. Cerré los ojos y exhalé con fuerza. Busqué la mascarilla improvisada que había preparado con remiendos de camisas y salí sin despedirme. Tenía veintiocho minutos para llegar hasta donde D-2137, el proveedor habitual del antídoto, para comprarlo y regresar sin ser detenido por los Oficiales de Orden y Paz, nombre oficial de los agentes armados que rondaban las calles durante la cuarentena.

Corrí por las calles desiertas a toda prisa. Poco a poco, sentía la presión en el pecho aumentando. En la medida en que avanzaba, se me dificultaba la respiración. Hiperventilaba. Tuve que detenerme. Me retiré la mascarilla para agarrar un poco más de aire. Cogí una bocanada de aire y me vino con ella una tos inmensa. Fue, precisamente, mientras tosía como tuberculoso que noté algunas gotitas de sangre pintar la pared de la cual me apoyaba. Limpié las gotas con el antebrazo y me volví a poner la mascarilla. Miré a ambos lados y, cuando confirmé que no venía nadie, proseguí.

Miré el reloj nuevamente, habían pasado diez minutos. Me acercaba a la esquina donde usualmente se paraba D, como le decían sus compradores, a vender su producto. Lo necesitaba con urgencia, sentía que me desmayaría. Divisé el carro a lo lejos. Me acerqué con la rapidez que me permitía mi cuerpo.

—Hola —dije al acercarme.

—Ey —fue su saludo, casi sin levantar la vista.

—¿Tienes? —pregunté.

—Acabo de vender el último, ya me iba —dijo, y se me heló la piel.

Quedé aterido. *Mierda*. D encendió el auto. Necesitaba el antídoto cuanto antes. Puse las manos en la puerta, para intentar detenerlo. Respiraba con dificultad.

—Coño, ¿no te queda nada?

—Lo de hoy se acabó, ven mañana temprano —dijo D, tosí.

—No puedo esperar a mañana —susurré, un hilo de sangre me salió por la boca.

—Me tengo que ir, *sorry* —D puso cara de pena y arrancó.

Estaba completamente jodido. La alarma sonaría en cualquier momento. No tenía tiempo ni fuerzas para llegar a casa. Intenté correr, pero fue inútil, caí en medio de la carretera. A lo lejos, vi acercarse una patrulla de los Oficiales de Orden y Paz. Me levanté como pude, y concentré todas mis energías en aguantar los deseos toser. La patrulla se acercaba con los biombos encendidos.

—Identificación —comenzó el oficial.

Saqué la tarjeta y se la entregué con la mano trémula. Era protocolo. Todos vieron con buenos ojos el establecimiento del Magno Estado para la protección y el bienestar de la sociedad. Luego de la Pandemia del 20, nadie podía estar seguro en las calles, el mundo había cambiado para siempre.

—Caballero, le quedan ocho minutos para llegar a su casa, tiene que irse ahora —dijo el oficial.

Tomé la tarjeta y, al extender el brazo noté las manchas de sangre en el codo de la camisa. Retiré el brazo de golpe. Me di media vuelta y caminé tan rápido como pude sin mirar atrás. La patrulla seguía allí, la luz de los biombos iluminaba la carretera.

—¡Caballero! —gritó el oficial.

Me volteé lentamente. El Oficial de Orden y Paz se había bajado de la patrulla y se me acercaba con rapidez. Pensé huir, pero no tuve tiempo. El oficial me tomó del brazo.

—... ¿y estas manchas?

Señaló las manchas de sangre. Cerré los ojos. *Mierda*. Intenté con todas mis fuerzas contenerme, pero el ataque de tos me ganó. Tosí con tanta fuerza que se me cayó la mascarilla. Escupí un buche de sangre. Me sentí débil y caí al suelo. La estridente alarma comenzó a sonar, anunciando el toque de queda. Todo se volvió negro.

—Tenemos un infectado —escuché antes de que la conciencia se me nublara por completo.

Esa noche, la faena había comenzado temprano. Justo cuando la alarma paró de sonar tuvo que lidiar con el primer caso. El Oficial de Orden y Paz, dejó escapar un suspiro hastiado. Se colocó los guantes y la mascarilla protectora, el resto del uniforme estaba inmunizado, así que no tenía que preocuparse por él. Abrió el baúl de la patrulla, que estaba equipado con una especie de horno para este tipo de casos. Era una verdadera maravilla de la ingeniería automotriz, se controlaba desde una aplicación móvil. La tecnología funcionando a favor del hombre, como debía ser. Se acercó al pobre infeliz que aún balbuceaba en el piso y lo arrastró con asco. Lo levantó con un poco de esfuerzo y lo acomodó en el baúl. El hombre intentó levantarse, pero el oficial cerró el baúl con tanta fuerza que podría jurar que le rompió un hueso. Guardó una distancia prudente con la patrulla, como exigía el Protocolo de Purificación Social, y procedió a operar el horno. El proceso era rápido y eficaz. En algunos dos minutos eliminaba toda posibilidad de contagio; y al contagiado, claro. Solo cuando fue seguro, el Oficial de Orden y Paz se subió a la patrulla y prosiguió su ronda nocturna para velar por la seguridad de todos